



LA ALFORJA.



PERIODICO EVENTUAL.

NUM. 18. AYACUCHO LUNES 4 DE DICIEMBRE DE 1848. PARTE 1.

LOS PRETENDIENTES.

Ipsi sibi somnia fingunt.
Virg. Egl. 8.

Siendo el clima de Ayacucho bastante caluroso, he contraído, ha e largo tiempo, la costumbre de dormir la siesta despues de comer. Me preparo á ella por lo regular leyendo algun libro, y he observado que la naturaleza y la duracion de mi sueño dependen ordinariamente del asunto de la letura que hago antes de entrar en sopor. Ayer creí no dar una pestañada; por que habia tomado maquinalmente uno de esos malditos volumenes de Moliere, que no se puede soltar cuando ya está abierto. En él leía, quizá por la vijésima vez, el *Aváro*, y me puse á reír tan estrepitosamente, que un eclesiástico vecino y amigo mio entró en mi cuarto para saber de donde provenia el impetu de mis carcajadas. Es necesario advertir que dicho eclesiástico, es de un caracter amable y que á unas costumbres sencillas reúne un corazón bondadosísimo y franco. Solo tiene el defectillo de creer que todo cuanto se halla escrito en idioma francés viene á ser una herejia imperdonable. Contéle, pues, en pocas palabras el motivo de mi chacota: él por su parte comenzaba á probarme con varios textos de escritura que Moliere era un herejote de marca mayor, cuando me quedé profundamente dormido mientras su sermon. Mi sueño se resintió del movimiento impreso á mi alma por el papel de Frosina y soñé.

Me hallé repentinamente trasportado á una ciudad marítima muy bonita; en ella ví hombres que tenían la cabeza en forma de veletas y cuyos ojos estaban en una disposicion tan extravagante, que todos miraban naturalmente ácia arriba y de consiguiente su andar era incierto y casi á cada paso daban de tropicónes. Las mujeres, que á primera vista, me parecieron de naturaleza superior, casi no tenían mas empleo que guiar á los uños y reirse de los tropozones de los otros. En el momento que llegué á dicha capital, algunos hombres de vigoto se entregaban á los trasportes de una alegría desmesurada, al tiempo mismo que otros manifestaban una especie de dolor y desabrimiento.

La multitud se dirijia á uno de los angulos de la plaza y yo me dejé arrastrar por el torrente. Me esforzaba en preguntar á los que me rodeaban el motivo de aquella reunion; pero los unos llorando de alegría no podian responderme, los otros me hacian un jesto y se reían en mis barbas, y los mas complacientes me respondian por palabras inconexas que al fin me quedé sin poder dijirir mi curiosidad.

En un rincon de la plaza observé un anciano sentado sobre un poyo, la barba apoyada sobre su baston, que miraba con una sonrisa maligna cuanto pasaba en derredor suyo; adivinó, pues, mi embarazo y provocó las preguntas que le hice en seguida. Le supliqué me dijera en qué lugar me hallaba, y cual era la causa del movimiento extraordinario que habia visto en la ciudad.

U. se halla entre los *Secuaneces*, me respondió, en un pueblo el mas alegre, el mas amable, y al mismo tiempo el mas voluble del mundo; por desgracia se halla espuesto á una enfermedad endémica de cerebro, mientras la cual toda la nacion se vuelve enteramente loca; lo peor es todavia que este mal terrible lo ataca con mucha frecuencia, y á penas se pasan tres ó cuatro años que no sienta síntomas de su regreso. No hace mucho que salieron de una crisis fuerte y larga que espermentaron; pero salieron como por un milagro.

Este palacio que U. vé, es el de Polidamas nuestro jefe, que tuvo la fortuna de restablecer un gobierno que se habia desplomado á causa de la enfermedad que no ha mucho indiqué á U. y de la que está recién convaliente. Todo el mundo deseaba este grande acontecimiento; pero dos ó tres personas solamente tuvieron la dicha de haber manifestado sus esfuerzos. Sinembargo, por un resto de demencia, cada uno se cree autor de esta obra memorable. Si está U., pues, ansioso de saber el verdadero estado de mis conciudadanos y el motivo de esta reunion, siga U. la multitud que se dirije ácia ese palacio, y examine lo que allí pasa.

Yo agradeí al buen anciano y me encaminé al palacio. Parado bajo el vestibulo, me entretuve un momento con el espectáculo que tenia á la vista. Qué affluencia! qué variedad de figuras, de ropajes, de semblantes! qué apretera! La actitud de cada uno se hace mas orgullosa á cada escalon que sube: cada cual examina sus

vecinos ya con ojos de envidia, ya de desden y ya de respeto, según la forma de sus vestidos; observo más particularmente que cada uno juzga del grado de consideración, que un hombre debe pretender, por la inspección del pecho y de las espaldas.

Entro por fin en el primer salón, y no me atrevo á penetrar en las otras piezas reparando que no se abrían sino á las personas privilegiadas, y trabé conversación con algunos sujetos, que así como yo se habían quedado en el lugar donde me hallaba; uno de ellos me dijo al oído ¿qué grado pretende U? cuántos años cuenta U. de servicio? qué graduación obtiene U. en la actualidad?... Yo me quedé mirándolo sin tener que contestarle, cuando felizmente para mí otro sujeto que estaba cerca se llegó y haciéndole una guiñada le tomó del brazo y se lo llevó.

Libre ya del embarazo que habría tenido en responder á las ejecutivas preguntas del sujeto anterior, eché la vista por todo el salón y reparé que en un momento se había llenado de jente. Casi todos los que estaban allí, tenían un memorial en la mano para presentarle con el objeto de probar que cada uno había contribuido poderosamente, no al servicio de la patria, sino á la elevación de Polidamas.

El primero á quien dirijí la palabra era un hombrerito flaco, vestido de paño azul; venía á reclamar el precio de sus servicios; el más importante era haber tenido un banquete de familia en uno de los días de agosto, y de haber brindado por la salud de Polidamas, después de que se retiraron los domésticos. Pedía una revisita.

Como no reír de semejantes pretensiones (me dijo tirándome á parte un joven alto, medio moño)! Qué pediría pues ese zoquete, si como yo hubiese reventado cuatro caballos en ir de una portada á otra para saber por donde se podía escapar? Todos me han visto, todos me han oído, y sin embargo me contentaré cuando más con una subprefectura.

Este fundaba su escrito sobre una carta, cuyo contenido ignoraba, que dizque había llevado de parte de no sé quien, á un sujeto á quien no pudo ver: pero le habían dicho que la tal carta contenía indicios preciosos que habían servido para la campaña del año 845: era muy justo que se le recompensase su zelo haciéndolo administrador jeneral de correos.

Aquel en su petición en forma de tesis, establecía que había servido á las mil maravillas la causa constitucional, declamando á puerta cerrada contra el gobierno directorial; probaba que había preparado la opinión del pueblo formando la de una criada, y pedía que se le hiciese ministro de relaciones exteriores.

Otro se había afectado tan vivamente de algunos descalabros de Polidamas, que había contraído una enfermedad que lo atormentaba todavía, y se interesaba en que lo hiciesen Inspector jeneral de hospitales.

Ese otro había escrito contra el Supremo Director al día siguiente de su derrota y había llevado su audacia hasta el extremo de aconsejarle á que se diera un pistolazo; pedía el empleo de Intendente de policía de la capital.

Una de las pretensiones más extrañas era la de un oficial que reclamaba el precio, de unos servicios que no había hecho. El procuraba que se le contase por mérito y como el último esfuerzo de valor, el cuidado que había tenido de hacer todas sus campañas en varias comisiones lejanas del campo de batalla, ó en los hospitales militares; de modo que jamás se le pudiese atribuir

la menor parte en las victorias cuyo objeto y causa condenaba. Pedía que se le hiciese coronel efectivo en tiempo de paz, por precio de su inacción en tiempo de guerra.

Un oficial que había pedido su reforma pocos días antes de una batalla, con pretexto de que ignoraba la ortografía, se empeñaba en que lo hiciesen oficial 1.º del ministerio de guerra y marina.

Un anciano, capitán que no había podido desplegar su celo ni su valor á causa de su edad, y que ni aun había dejado su cuarto ni su uniforme mientras la guerra constitucional, quería que se le pagasen sus sueldos atrasados incluso sus intereses del espacio de más de diez años. Su cuenta ascendía á una suma bastante considerable, salvo yerro ó omisión.

Creo poder citar palabra por palabra una de las peticiones que me hizo mas impresión.

Ella estaba concebida en estos terminos:

Excelentísimo Señor.

El más fiel y el más zeloso de vuestros adictos expone umildemente á V. E. que es de notoriedad pública que el infrascrito ha figurado sucesivamente en todos los partidos, á fin de conocer mejor sus respectivas intenciones y de burlar más fácilmente sus esfuerzos;

Que se ha entregado con tenacidad á toda clase de excesos; que ha suscitado las medidas más vejatorias y profesado los principios más antisociales, con el fin laudable de hacer amable el gobierno actual de V. E. y de atraer sus conciudadanos á la obediencia;

Que sirvió al anterior gobierno con una aparente fidelidad, para mejor engañar la confianza de una autoridad ilegítima, la que procuró hacer aborrecible por todos los medios que pudieron sugerirle el zelo más ingenioso y la lealtad más inviolable;

Que no ha perdonado medio alguno para procurarse sueldos, grados y gratificaciones de varias especies, á fin de conseguir más prontamente la consunción del tesoro público, cuya ruina debía arrastrar la de un gobierno aborrecido;

Que ha apurado con el jefe de dicho gobierno todas las formas, todas las exajeraciones del elogio y de la lisonja, con el fin de que subiéndosele más pronto á la cabeza los vapores de un incienso tan grosero, los vértigos que debían causarle hiciesen su caída más pronta y más inevitable.

El infrascrito cree deber añadir que su conducta, cuya nobleza nadie podía apreciar, le ha suscitado numerosos enemigos y honrosas persecuciones; que se ha visto preso cinco veces en diferentes épocas por causas extranjeras á la política; que siempre ha sido el blanco de los tiros de la calumnia y de los ultrajes de ciertas jentes que no juzgan del carácter de un hombre sino por sus acciones. Por todo lo que el infrascrito—suplica á V. E. que en consideración de los buenos y leales servicios que tiene hechos, y que está pronto á hacerlos en todas ocasiones, se sirva confiarle el ministerio de Hacienda, cuyo cargo promete desempeñar con honor, fidelidad y desinterés. Pide justicia y para ello &ra.

Este memorial, que yo repetía á gritos durante mi sueño, hizo reír á carjadas á mi amigo el eclesiástico, que había sacado el *Flos sanctorum* de mi estante y se había puesto á leer sentado en una poltrona que está cerca del sofá en que dormía; yo me desperté riendo como él, y para no olvidar la menor circunstancia, escribí prontamente mi en-sueño.

EL ORGULLO CASTIGADO.

Rojerio, hijo de un honrado labrador, habia mostrado desde niño una viva inclinacion por la carrera de las armas. Con frecuencia se le via esgrimir su hoz como si fuese una espada, y aun se habia echo muy amigo de todos los cazadores, por lograr la ocasion de manejar sus escopetas. A la edad de diez y ocho años sentò plaza con motivo de un reclutamiento que se hizo en las inmediaciones de su aldea. Su padre lo habia puesto en una escuela desde muy niño y sabia leer, escribir y contar con la mayor perfeccion: esto le sirviò de mucho: pues haciendo e utilísimo á sus superiores, estos procuraron sus ascensos de tal modo, que al año de servicio lo hicieron cabo y poco tiempo despues sargento.

Habiendose declarado la guerra y abierta la campaña, se le confirió el grado de teniente. Su comportamiento era tan bueno en todas las ocasiones, que se tenia el cuylato de preferirlo para las empresas mas arriesgadas: él por su parte salia de todas ellas con tanta inteligencia como valor. Se habia observado, en honor suyo, que jamas echaban pie atras los soldados que estaban á sus órdenes.

El jeneral que lo habia distinguido en muchos combates, lo hizo capitán prontamente para escitar la emulacion de los soldados con el ejemplo de su fortuna. Una accion brillante hecha por él en una batalla, en que los otros capitanes habian sido rechazados, lo hizo subir al grado de Sargento mayor.

Su nombre fue citado con honor en todos los periódicos, y las veces que el cura de su pueblo sabia alguna buena noticia, corria á casa de los hermanos de Rojerio para darles nuevas tan lisonjeras. Facilmente se imaginará cualquier noble orgullo de estos al saber las proezas de su hermano y mucho mas al considerar que lo tenian muy cerca. Ellos no hababan de Rojerio sino con lágrimas de alegría. Su ternura parecia asociarlos á su gloria, y no pensaban mas que en el feliz momento de poder estrecharlo entre sus brazos aclamándolo por padre y honra de la familia.

En medio de tan buenas cualidades, Rojerio tenia un vicio capital. Estaba dominado por un orgullo insoportable. No habia un hombre en el mundo que, á creerle, fuese tan prudente ni mas bravo que él. Hababa de sus propias acciones, como habria hablado un lisonjero de las de un principe en presencia suya. Se atribuia mas gloria de la que efectivamente habia conseguido, y se empeñaba en rebajar y eclipsar el buen comportamiento de sus compañeros de armas.

Al fin de la campaña, su batallon se puso en marcha para ir de guarnicion á cierta ciudad. Debia pasar muy cerca de la aldea donde nació. Sus hermanos con esta noticia, salieron hasta el camino acompañados de todos sus amigos. Ellos se le acercaron al tiempo que iba á mandar algunas evoluciones á sus soldados.

O mi amado Rojerio, le dijo su hermano mayor, si viviera aun nuestro anciano padre, qué alegría fuera la suya en este momento! Ah! cuanto no he suspirado por que llegue este dia feliz. Dios sea bendito, pues me concede la dicha de verte; mi gozo es tal, que estoy fuera de mi mismo. Al decir esto, abria tiernamente los brazos para tirarse á su cuello y abrazarlo fuertemente.

El sargento mayor, irritado de que un hombre que no tenia charreteras tuviese el atrevimiento de llamarle su hermano, rechazó con desden sus caricias. Sois muy insolente, le dijo, en tratarme con esa familiaridad. Y qué! esclamó el mas joven, ya no me conoces? Mirame bien, yo soy Mateo; si, Mateo á quien en otro tiempo amaste con preferencia. Tu eras quien me enseñaba á manejar el bacha y el azadon cuando era mas muchacho.

El mayor Rojerio, echando espumarajos de rabia, los amenazó con hacerles dar doscientos palos por impostores, si no se retiraban prontamente de su presencia.

Los dos tiernos hermanos, que se habian prometido un rato satisfactorio con esta entrevista, se volvieron oprimidos de tristeza. Arrojan profundos suspiros viéndose desconocidos por un hermano á quien amaban entrañablemente.

Los soldados que fueron testigos de esta escena escandalosa, no se atrevian á manifestar su indignacion; pero se decian al oído; es preciso tener muy mal corazon para avergonzarse de unos parientes tan honrados. ¿Tendrá nuestro mayor á menos haber sido lo que somos? Deberia honrarse mucho mas de haber hecho una tan larga carrera á fuerza de merito, que afectar la ridicula presuncion de que se le crea descendiente de una familia noble.

Rojerio no tenia el alma bastante elevada para pensar con tanta nobleza. Lejos de acordarse que otra vez habia sido soldado raso, creia hacerlo olvidar á fuerza de desdenes y arrogancia. Con este objeto traba á sus soldados con el último desprecio; pero á los ojos de estos parecia mucho mas despreciable. Su elevacion, que otra vez les habia infundido tanto orgullo, ya no hacia mas que humillarlos. Sus órdenes eran obedecidas con repugnancia y cada uno deseaba que fuese espulsado del servicio.

En cierta ocasion que pasaba revista á su tropa delante del inspector jeneral, le habia hecho éste algunas observaciones sobre una maniobra; Rojerio, estremadamente picado, llevó la audacia hasta responderle con terminos insultantes. Sus altanerías habian irritado ya mas de una vez á los jefes superiores. Este nuevo ataque á la subordinacion militar, fue perseguido con una extrema severidad. Las palabras injuriosas de que se sirvió delante del consejo de guerra, completaron su ruina. En él fue condenado á que perdiera su empleo y que fuese espulsado del cuerpo sin ningun sueldo.

Abatido por esta desgracia; reducido á la penosa alternativa de perecer de hambre, ó de subsistir con el trabajo de sus manos, se viò en la necesidad de volver á la aldea que le habia visto nacer.

Entonces fue cuando los paisanos le devolvieron sus desprecios. Como no buscaba la amistad de ninguno, creyendo muy poco decoroso á un hombre de su importancia relacionarse con labradores, nadie buscò la suya; y asi se viò privado de uno de los mayores bienes de la vida, el único que hubiera sido capaz de endulzar las amarguras de su infortunio.

No le quedaba, pues, otro recurso que acudir á sus hermanos á quienes habia ofendido con tanta dureza. Temerá alguno quizá que estos lo desconociesen á su vez, y ciertamente que lo merecia; pero felizmente para él, estos tenian en sus almas la verdadera elevacion que faltaba á la suya. Ellos no quisieron tomar otra venganza que la de sus beneficios. Hacia tiempo que Rojerio habia recibido todo su patrimonio, y halándose en la actualidad sin nada absoluta-

mente, tuvieron sus hermanos la jenerosidad de cederle cada uno un pedazo de terreno. Se vió pues reducido á cultivarlo con el sudor de su frente para recojer su subsistencia. Ocupandose diariamente en este trabajo, que tanto habia desdenado, pensaba en la alta fortuna que habia perdido y en la que habria adelantado todavia si hubiera sabido conservar su modestia. Ah! cuanto no sufría al considerar que estaba en su mano haber enriquecido á sus hermanos, y que lejos de ello se hallaba entonces sujeto al escaso pan que le habian proporcionado. Maldito orgullo, decia muchas veces, á que baja me has precipitado.

Este triste pensamiento llenó su vida de amargura, y murió á poco tiempo devorado de pesares, para servir de ejemplo algun dia á cuantos tengan la desgracia de imitarlo.

Necrología.

Nada mas cierto, nada mas irrevocable que la muerte del hombre, luego que llega el instante designado por su Autor.

No há muchos dias que en esta capital se ha recibido la consternante noticia del fallecimiento del Sr. D. D. Juan Garcia de los Godos. Las amargas sensaciones que ella ha excitado en sus habitantes, han sido á proporcion de las altas prendas que distinguian el espíritu elevado de este eclesiástico, respetable por su probidad, por sus luces y por los servicios prestados ácia el mundo de las letras. Harto conocido en la República, y muy especialmente en este Departamento y en el de Ayacucho, no necesita la prolija noticia que podriamos dar de su vida é importantes ocupaciones;—ya en apacentar la grey encomendada á su cuidado, como párroco;—ya en iluminar y enriquecer con sus producciones las materias científicas, sujetas á sus investigaciones;—y ya en fin, haber prestado no pequeños servicios en obsequio de la Pátria.

Un hombre, pues, tan espectable y tan conocido, aun por los que no tuvieron el honor de tratarlo con inmediacion, nos escusa delinear los rasgos mas notables de su vida; obra por otra parte, propia de plumas de mas finura y destreza, que sin duda se emplearán en tan grata ocupacion. Tal idea debía hacernos desistir de que la nuestra tirase la mas lijera línea en su obsequio; pero, siendo la gratitud sentimiento innato á la organizacion del hombre, creemos de nuestro deber dirijirnos á la prensa y manifestar por medio de ella, el pesar que nos ha causado la infausta muerte de Sacerdote tan ilustre, que á la verdad ya no existe—mas que en el corazon de sus apasionados.

¡Oh prendadísimo Garcia! ¡oh venerable eclesiástico! Desde el seno del Eterno: desde esa mansion augusta en que hoy vives, lleno ya de los inefables gozes de esa pátria de delicias, habrás contemplado con placer las memorias que te hace Ayacucho. Y acá en este mundo, tus cenizas tal vez se ajitan blandamente con los cordiales suspiros y lágrimas tiernas, que tu desaparicion hace verter. Ayacucho ha erijido tu sósnebre tumba; élla será siempre el altar en que tus amigos te tributen homenajes y testimonios de reconocimiento y amistad sincera.... Vuelve ahora la vista á Huancavelica, tu pátrio suelo; y hallarás que el tambien te fabrica un cenotafio de honor y de cariño, en donde los

tiernos sollozos, en donde los acentos tristes de tu querida familia, serán los incesantes obsequios que recibirán tus *manes*, en memoria del que fué su consuelo y su apoyo. Allí sus tiernas voces, allí sus afectuosas reconvenções y querellas, allí sus amorosas áncias, te llamarán para que reviviendo con los alientos de su cariño y del tuyo, te aparezcas todavia un instante, á dirijirles un abrazo de encarecimiento, un último á Dios, ó siquiera de despedida una amorosa mirada....; Pero, ¡oh qué pe-ar!....ya no....ya no es posible....has muerto ya, es cierto; mas, viven tus hechos, vive tu grato nombre y tus virtudes viven; y los corazones de tus déudos, paisanos, amigos y amadores, son tambien otros tantos depósitos que inaccesibles á las injurias de los tiempos, te conservarán siempre vivo, siempre amable, siempre de virtudes adornado. Si pues un acto de justicia puede llamarse obsequio, recibe el lúgubre que á tu memoria hacen hoy

*los hijos de Ayacucho,
que habitan tu pátria.*

Copiado del Síndico de Huancavelica N. 45

COMUNICADO.

REPUCLICA DEL PERU.

Ministerio de Gobierno

Casa del Supremo Gobierno en Lima á 21 de Marzo de 1848.

Señor Prefecto del Departamento de Huancavelica.

El Gobierno desca que entre las autoridades eclesiasticas y civiles reyne la buena armonia que es tan necesaria para la conservacion del orden y de la paz de los pueblos.

Partiendo de este principio y habiendo sabido con satisfaccion que los disgustos ocurridos en Tayacaja entre las autoridades política y el vicario D. D. Valentin Munarris, quedaron terminados por una reconciliacion; quiere el Gobierno que US. exite al Subprefecto de la espresada provincia con el fin de que procure conservar esa buena armonia por todos los medios posibles, evitando toda injerencia de las autoridades políticas en las funciones del párroco, y protejiendo á este de un modo eficaz, no solo para que se le acuda religiosamente con sus obenciones legales, sino para que se le guarden todos los respetos y consideraciones que merece, como ministro del altar y como autoridad.

Dígolo á US. para su intelijencia y cumplimiento

Dios guarde á US.—José Davila.

Es copia fiel de su orijinal, el que se le entregó al Señor Prefecto de Huancavelica para lo que lugar haya:

Pampas 21 de Mayo de 1848.

V. M.

AVISO.

Se trata de vender la casa propia de D. Sebastian Alvarado, cura propio de Corculla, y sita en la calle de Socca-cato: es realenga, y tiene exelentes comodidades. El que quiera comprarla véase con su dueño dicho señor cura.

Imprenta de dos amigos,